



Guillermo Rosas SS.CC.

4to. Domingo de Pascua – Yo soy el buen Pastor

Domingo, 08 Mayo - 2022

Hch 13, 14. 43-52 / Sal 99 / Ap 7, 9. 14b-17 / Jn 10, 27-30

Queridas hermanas y hermanos:

El tiempo pascual nos ha conducido ya al cuarto domingo de gloria, celebrando la resurrección del Señor Jesús, y caminando hacia la fiesta de la irrupción del Espíritu Santo, Pentecostés, que celebraremos el domingo 5 de junio. Este tiempo se llama también Tiempo de Pentecostés, porque desde su primera aparición a sus discípulos, el mismo día de la resurrección por la tarde, Jesús sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo”. Y lo hizo porque había prometido que, aunque él muriese, no los dejaría nunca solos. Se quedaría con ellos. Durante cuarenta días lo hizo personalmente, corporalmente, mostrando sus heridas de la cruz a quienes no quisieran creer que era él, y no un fantasma, lo que veían.

Durante 40 días Jesús se quedó con sus discípulos corporalmente

Nuestra liturgia quiere seguir, en cierto modo, este tiempo en el que el Resucitado se aparece y acompaña a sus discípulos para reforzar su fe y prepararlos para el día en el que ya no estará corporalmente, pero permanecerá para siempre de otra forma en medio de ellos. Los discípulos de todos los tiempos necesitamos alimentar nuestra fe en un Dios que es Vida y Amor en plenitud, y por eso Jesús envió su Espíritu Santo y nos dejó la eucaristía, este sacramento extraordinario en el que cada domingo nace y resucita sobre el altar, para quedarse para siempre con nosotros en su Cuerpo y su Sangre, que además nos ofrece para compartirlas en comunidad y alimentar así nuestra fe y nuestra esperanza.

Este cuarto domingo de Pascua la Iglesia recuerda una dimensión particular del Resucitado: él es el Buen Pastor, que dio la vida por sus ovejas en la cruz y fue devuelto a la vida para cuidar para siempre a su rebaño. La imagen de Cristo como Pastor y la Iglesia como rebaño de ovejas no goza hoy de mucha simpatía. Por eso pienso que hay que esforzarse por extraer de ella el sentido más profundo, lo que está detrás de la imagen, una imagen que por lo demás es poco conocida para las culturas urbanas contemporáneas. El breve Evangelio de San Juan nos ayuda hoy a hacerlo. En su última frase, San Juan pone en boca de Jesús una afirmación sorprendente: “el Padre y yo somos una sola cosa”. Se trata de una afirmación de la divinidad de Jesús, que sólo puede comprenderse como el fruto de la asimilación de una larga vida de discipulado y amistad con el Señor, como fue el caso de san Juan. En realidad, esa frase habría sido insoponible para los oídos de los judíos piadosos, cuya idea de Dios era la del totalmente trascendente, que no podría jamás identificarse con el ser humano impuro y pecador. Si Jesús hubiese dicho esa misma frase, mientras vivía, probablemente habría muerto mucho antes. Él sólo llegó a afirmar que era el Mesías, y siempre lo hizo con reserva, cuidando que sus discípulos no



anduviesen difundiendo mucho, sabiendo el peligro que eso significaba para su vida. Jesús dejó entrever su divinidad sólo con el círculo más estrecho de sus discípulos y apóstoles, y muy gradualmente, porque sabía que eso era lo que podía llevarlo a la muerte, como efectivamente ocurrió más tarde.

“El padre y yo somos uno”

La frase de san Juan en el Evangelio de hoy revela, por eso, una profunda asimilación del evangelista de la verdadera naturaleza de ese hombre que lo había un día cautivado. Una convicción a la que llegó no sólo él, sino todos los discípulos y discípulas de Jesús, después de la resurrección de su Maestro. Una convicción que es patente hoy en la imagen del Buen Pastor. En el Antiguo Testamento, el buen pastor es Dios mismo. Él es quien cuida al rebaño, a cada una de las ovejas que lo componen, especialmente a las madres y sus crías, a las enfermas o débiles; él es quien va en busca de la oveja que se aparta del rebaño, él quien las lleva a los lugares de los pastos más verdes, más jugosos, y a los arroyos de agua más limpia. El Buen Pastor es la imagen de un Dios que ama y que da vida. San Juan dice en este Evangelio: que da Vida eterna, como para abandonar la imagen del pastor humano. El Resucitado abre la brecha de una vida que no es ya la vida terrenal; no es ya el cuidado material del rebaño, sino una vida que dura para siempre, que ya no está sujeta a los peligros ni fragilidades de la vida humana. Jesús Buen Pastor es el Señor que sólo quiere que todos sus discípulos y discípulas, a lo largo de la historia, no perezcan jamás, tengan vida eterna nunca sean arrebatadas de su lado, para vivir con Él para siempre. Es, en definitiva, el pastor que conduce a todos los seres humanos a la plenitud del Reinado. Es objeto de fe y de esperanza, no de experiencia para nosotros. Una fe y una esperanza que es tan bueno alimentar hoy, porque en esta semana han partido personas queridas: Mauricio López, apoderado del colegio, Raimundo Guarda, vecino del barrio, y el padre Enrique Della Valle, que vivió y sirvió muchos años en el colegio. Es bueno volver a poner la fe en el Resucitado, que los ha invitado a esos pastos verdes y a esos manantiales de agua viva de una vida que no acaba, pero que también consuela, acompaña y cuida cada día a sus seres queridos que siguen caminando en esta vida, secando toda lágrima de sus ojos, como dice la lectura del Apocalipsis.

*Yo soy el buen Pastor: conozco a mis ovejas, y mis
ovejas me conocen a mí*

Hermanas y hermanos: que este domingo del Buen Pastor nos vuelva a mostrar el rostro misericordioso de un Dios que jamás nos abandona y que nos conoce y llama, a cada uno y cada una de nosotros, por nuestro nombre. Escuchemos hoy su voz, respondamos a su llamada. Nos llama de muchas formas: grita en quien muere en la guerra de Ucrania, llora en quien está triste, gime calladamente en quien es abusado y maltratado, clama en quienes viven en condiciones de miseria y marginación. Nos interpela en cada niño abandonado, en cada enfermo solo, en cada situación de precariedad o peligro de la vida. Pero también nos llama en su Palabra, escuchada en la eucaristía, y desde el altar donde muere y resucita hoy, y vuelve a entregarse como pan y vino que son su propio cuerpo y su propia sangre. Este pan es como los pastos verdes y este vino



es como el agua cristalina donde el pastor lleva a su rebaño. Nos alimentan no el cuerpo, sino el alma, y nos recuerdan que Dios sólo sabe amar. Somos nosotros los lentos para aprender el amor y en qué consiste amar.

Que en este camino hacia la fiesta del Espíritu Santo nos siga acompañando, consolando y fortaleciendo. El mundo necesita hoy, tanto como en la época de Jesús, de hombres y mujeres que crean y sean capaces de transmitir su fe en un testimonio alegre y generoso. Escuchemos su voz y seamos también nosotros la voz de un Dios que sigue confiando en nosotros para liberar a la humanidad del odio, la injusticia y la muerte. Así sea.

Guillermo Rosas ss.cc.